

VOLUNTARIEDAD Y CONOCIMIENTO MORAL

Desde el principio imprimió Dios a todas las criaturas una inclinación a su propio bien, para que con esa tendencia natural buscasen y anhelasen su fin, del cual nunca se apartan a no ser que se lo impida algún obstáculo externo. También el hombre tuvo desde el principio esta inclinación a su fin, que es Dios, autor y fuente de su felicidad; tendencia tanto más noble y excelente cuanto que era gobernada por la razón y el consejo. Pero mientras las demás criaturas, carentes de razón, conservaron ese amor engendrado con ellas (porque habiendo sido creadas buenas por naturaleza, así se mantuvieron, permaneciendo hoy en el mismo estado y condición), el linaje humano no siguió su camino. Porque no sólo perdió los bienes de la justicia original, con los que fue dotado y enriquecido por Dios por encima de la capacidad de su naturaleza, sino que oscureció también aquel primer amor virtuoso injertado en su alma. Todos, dice el Profeta, se torcieron; todos a una se hicieron inútiles no hay quien obre bien, no hay siquiera uno¹. Porque los sentidos y los pensamientos del corazón del hombre están inclinados al mal desde su mocedad². Para que de aquí se entienda con facilidad que ninguno puede gustar saludablemente de las cosas buenas, sino que todos están inclinados al mal³.

(1) Ps. XIII, 3;
(2) Genes. VIII, 21;

(3) Catecismo del Concilio de Trento, p. IV, cap. XII, n. 3;

Para entender rectamente la naturaleza de la vida moral, es absolutamente necesario no olvidar que en la persona humana coexisten la inclinación al pecado y un auténtico deseo de felicidad que sólo Dios puede saciar. Todo el mundo experimenta en su propia vida el contraste de esas tendencias radicales que mutuamente se combaten. El mismo San Pablo escribía: *cuando quiero hacer el bien, encuentro una ley contraria porque el mal está pegado a mí; de aquí es que me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley del espíritu y me sojuzga a la ley del pecado*⁴. Esta tensión que empapa toda la vida moral es un hecho primario, indescifrable si la fe no nos hubiese señalado su causa: el desorden introducido por el pecado de nuestros primeros padres.

Todos heredamos el pecado original, y con él la consiguiente herida de la naturaleza humana —agravada después por los pecados personales—, que se manifiesta en todas nuestras potencias y facultades, pues *todo el hombre, es decir, tanto el cuerpo como el alma, fue mudado en peor*⁵. La inteligencia, conservando la capacidad de conocer a Dios a través de las realidades creadas⁶, ha quedado oscurecida, y ha de esforzarse para colmar su ignorancia, cayendo fácilmente en el error. La voluntad, a su vez, sin perder el libre albedrío, no puede usarlo para el bien, sin conflicto, pues está debilitada, inclinada al mal, poco firme para afrontar las dificultades y dominar las tendencias desordenadas. En resumen, todos nacemos con un desorden del entendimiento, de la voluntad y de las pasiones que, *sin ser pecado, procede del pecado y al pecado inclina*⁷.

Dice la Sagrada Escritura: *militia est vita hominis super terram*⁸, la vida del hombre sobre la tierra es una batalla continua contra un enemigo que se encuentra dentro de los propios muros de la ciudadela. El hombre no logra alcanzar su propio fin de un modo espontáneo y lineal; por fuerza, si de verdad quiere conquistar su felicidad tributando a Dios la gloria debida, ha de estar vigilante⁹ y presto al combate para despojarse del *hombre viejo*¹⁰. Sin una tarea personal encaminada a

(4) Rom. VII, 21-23;

(5) Concilio II de Orange, año 529, can. 1, D. 174 (371); Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 1, D. 788 (1511);

(6) cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2, D. 1785 (3004); can. 1, D.

1806 (3026);

(7) Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 5, D. 792 (1515);

(8) Job, VII, 1;

(9) cfr. Matth. XXVI, 41;

(10) cfr. Ephes. IV, 22;

vencer los impedimentos que nacen del *fomes peccati*, no es posible el desarrollo de una vida moral recta, establemente orientada al bien ¹¹.

Tan grande fue el daño causado por el pecado original, que los esfuerzos solitarios del hombre por vencer ese combate estaban condenados al fracaso. En el estado de naturaleza caída, podía contar con la ayuda de la Ley mosaica, que sólo le mostraba el bien que debía realizar, pero no le daba la gracia necesaria para cumplirlo ¹². Mas, infinitamente misericordioso, *cumplido que fue el tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de una mujer, y sujeto a la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley* ¹³, y lo que era imposible, se hizo posible con la gracia redentora de Cristo ¹⁴, con la que el hombre recuperó con creces su antigua dignidad y renació a la vida sobrenatural, recibiendo la filiación divina. De esta redención participan todas las almas por medio del bautismo, el sacramento en el que morimos al pecado y resucitamos a una nueva vida ¹⁵. Sin embargo, recibida la gracia, incluso *en los bautizados permanece la concupiscencia o fomes del pecado...*, que, *puesto que ha sido dejado para la lucha, no puede dañar a los que no consienten o lo rechazan por la gracia de Cristo* ¹⁶. También en el estado de naturaleza reparada debe el cristiano cooperar libremente con Dios para enderezar su vida moral ¹⁷ y merecer alcanzar el fin para el que ha sido creado y redimido.

IMPORTANCIA DEL CONOCIMIENTO MORAL

La cooperación del hombre con la gracia divina, para superar los obstáculos que se oponen al desarrollo de una conducta cristiana, ha de orientarse en primer término hacia el conocimiento de los principios y normas de la ley moral, natural y revelada. Como nadie puede querer o rechazar lo que ignora, sin ese conocimiento de la ley es imposible la vida moral, e imposible que el hombre cumpla consciente y libremente la Voluntad de Dios. Por este motivo, la Iglesia no reconoce valor moral a las acciones de los niños que no han alcanzado todavía el uso de razón, ni a las de los adultos que, sin culpa propia, se ven privados de ella ¹⁸. Del mismo modo, una persona que en la plenitud de

(11) cfr. *Ephes.* IV, 22-24; *Colos.* III, 9-10; 1 *Cor.* IX, 24-27;

(12) cfr. *Rom.* VII, 14-23;

(13) *Galat.* IV, 4-5;

(14) cfr. *Rom.* VIII, 2-4;

(15) cfr. *Rom.* VI, 3-4;

(16) Concilio de Trento, decr. *De peccato ori-*

ginali, can. 5, D. 792 (1515);

(17) cfr. *Ioann.* VIII, 31-35;

(18) cfr. Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 2, D. 102 (223); Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 4, D. 791 (1514);

sus facultades obra inadvertidamente, no es responsable —al menos plenamente— de lo que hace; aunque sí puede ser culpable cuando tiene la obligación específica de realizar una determinada tarea, o de conocer sus deberes, y no pone los medios oportunos para conseguirlo.

*Por razón de su dignidad, todos los hombres, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre y, por tanto, enaltecidos con una responsabilidad personal, son impulsados por su propia naturaleza a buscar la verdad, y además tienen la obligación moral de buscarla, sobre todo la que se refiere a la religión*¹⁹. Se trata de una obligación grave que, en palabras del Concilio Vaticano II, *toca y liga la conciencia de los hombres*²⁰, y cuya urgencia se manifiesta de un modo dramático por los estragos que causa la ignorancia, especialmente en materia moral y religiosa.

*Bien pudiera decirse, escribe el Padre, que el mayor enemigo de Dios —porque se ama a Dios después de conocerlo— es la ignorancia: origen de tantos males y obstáculo grande para la salvación de las almas*²¹. *Porque hay quienes, en lugar de dar buena doctrina, se sirven de la ignorancia de los demás, para sembrar confusiones. Así se llega hasta negar la existencia de la ley natural, impresa por Dios en cada alma. Y el ambiente del mundo se llena de indolencia religiosa, que en realidad no es más que ignorancia o presunción; no es el satánico non serviam, sino la más absoluta carencia de luz*²².

IGNORANCIA VENCIBLE E INVENCIBLE

La obligación de adquirir la ciencia moral, de formarse según los principios de la doctrina católica, se explicita de manera diversa según las condiciones particulares de cada cristiano. Todos tienen el deber y el derecho de conocer la ley moral, por lo menos en sus normas fundamentales; pero la extensión y profundidad de ese conocimiento depende de muchas circunstancias. Incluso hay personas que, en ocasiones, no disponen de los medios oportunos para adquirir ese saber moral en todo su detalle. De modo que la tradición católica ha distinguido siempre entre el error moral vencible y el invencible, según que proceda de una ignorancia culpable —por omisión, o porque po-

(19) Concilio Vaticano II, decl. *Dignitatis humanae*, n. 2; cfr. *Ibid.*, nn. 1 y 3;

(20) *Ibid.*, n. 1;

(21) Carta *Sincerus est*, 19-III-1940, n. 47;

(22) Carta *Res omnes*, 9-I-1932, n. 27;

sitivamente no se ha querido colmar esa falta de conocimiento—, o de una ignorancia sin culpa de la persona.

Cuando la ignorancia se refiere a los principios esenciales de la ley moral natural, difícilmente se carece de culpa, puesto que esta ley es cognoscible con la luz natural de la razón²³ y está impresa en el corazón de todos los hombres²⁴. No sucede lo mismo con la ley sobrenatural que alcanzamos por la fe en Jesucristo, para la que es necesaria la predicación del Evangelio, pues *¿cómo creerán en El si de El nada han oído hablar? Y ¿cómo oirán hablar de El si no se les predica?*²⁵.

De modo más explícito, al condenar algunas afirmaciones de Lutero y de Bayo²⁶, la Iglesia ha confirmado la existencia de un error y de una ignorancia que excusan de pecado. Pero también ha rechazado la afirmación de que *carece de culpa cualquier cosa que se haga por ignorancia*²⁷; puesto que una persona puede ser responsable de su carencia de conocimiento moral, y en esa medida se le pueden imputar las faltas que cometa con tal ignorancia. Por ejemplo, el Concilio de Sens²⁸ condenó la interpretación de aquel ruego que hizo el Señor en la cruz: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*²⁹, como si los judíos que crucificaron a Cristo estuvieran exentos de toda culpa. Su ignorancia no podía justificarles, porque Jesús les había dado pruebas fehacientes de su divinidad y de su misión divina; y si persistieron en su error fue porque positivamente resistieron a la gracia, rechazando la revelación de Dios. Esa ignorancia, ese rechazo, era ya un pecado; la crucifixión fue una triste consecuencia, que agravó aún más su falta: *caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*³⁰. Por eso necesitaban que el Señor impetrara, para aquellos corazones duros, la misericordia divina.

El error invencible, en cambio, precisamente por proceder de una ignorancia involuntaria, no culpable, suprime la responsabilidad moral. *Aquellos que sufren ignorancia invencible acerca de nuestra santísima religión, que cuidadosamente guardan la ley natural y sus preceptos, esculpidos por Dios en los corazones de todos, y están dispuestos a obedecer a Dios y llevan vida honesta y recta, pueden conseguir la vida*

(23) cfr. *La ley moral natural*, pp. 19 ss.

(24) cfr. *Rom.* II, 14-16;

(25) *Rom.* X, 14;

(26) cfr. León X, bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, prop. 35, D. 775 (1485); San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-

1567, prop. 68, D. 1068 (1968);

(27) Concilio de Sens, 2-VI-1140, *Errores de Pedro Abelardo*, prop. 9, D. 377 (729-730);

(28) cfr. *Ibid.*;

(29) *Luc.* XXIII, 34;

(30) *Matth.* XXVI, 25;

eterna por la operación de la virtud divina y de la gracia. Pues Dios, que manifiestamente ve, escudriña y conoce la mente, el ánimo, pensamiento y costumbres de todos, no consiente en modo alguno, según su suma bondad y clemencia, que nadie sea castigado con eternos suplicios, si no es reo de culpa voluntaria³¹. Doctrina que ha sido confirmada repetidas veces por el Magisterio eclesiástico, y más recientemente en el Concilio Vaticano II: la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan, no sin la gracia divina, en llevar una vida recta³².

Esta doctrina —que el Magisterio de la Iglesia ha desarrollado sobre todo respecto a una cuestión radical de la existencia humana: la conversión a la fe de Cristo— tiene una vasta aplicación en todos los campos de la actividad moral. También hay que recordar, sin embargo, que si no rara vez ocurre que la conciencia yerre por ignorancia invencible, sin que ello suponga la pérdida de su dignidad, no puede afirmarse lo mismo cuando el hombre se despreocupa de buscar la verdad y el bien, y la conciencia se va progresivamente entenebreciendo por el hábito del pecado³³. El Padre nos advierte: no basta que la conciencia sea seria y sincera, es necesario procurar que sea verdadera, que concuerde con las normas divinas universales, tales como son realmente: y a eso tiende la formación de la conciencia, que es un deber indeclinable, que la naturaleza misma de la conciencia exige (cfr. Gregorius XVI, Litt. Enc. *Mirari vos*, 15-VIII-1832: ASS 4 (1868) p. 341 ss; Pius IX, alloc. *Maxima quidem*, 9-VI-1862: Acta Pii IX, vol. I, p. 454; Syllabus, prop. 15: Dz 1715 (2915); Leo XIII, Litt. Enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888: ASS 20 (1887/88) pp. 608 y 609; etc.), ya que, sin ciencia, no hay conciencia³⁴.

Cuanto mayor es la formación humana, cultural, profesional, etc., que adquiere una persona, menos se justifica la ignorancia en materia moral. De igual modo puede decirse esto de un cristiano respecto a los mandamientos principales de la ley de Cristo; como de un profesional, respecto a las obligaciones éticas propias de su trabajo, o de una persona casada ante sus deberes familiares. Unos y otros deben conocer bien las implicaciones morales propias de su estado y profesión pa-

(31) Pío IX, enc. *Quanto conficiamur moerore*, 10-VIII-1863, D. 1677 (2865-2866);

(32) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 16;

(33) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 16;

(34) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967, n. 84;

ra poder enderezar a Dios todas las cosas, y vivir así el principio radical de todo el orden moral. *El deber fundamental del hombre es, sin duda alguna, orientar hacia Dios su persona y su propia vida*³⁵.

Es necesario tener la preocupación, y en consecuencia poner los medios adecuados, para evitar la ignorancia en materia tan importante como es la conducta moral. *No basta la recta intención para la obra buena, entre otras razones porque no es recta la intención del que no busca sinceramente conocer, amar y cumplir la voluntad de Dios, tal como se manifiesta para todos en las fuentes de la Revelación y en el Magisterio de la Iglesia para el cristiano, y tal como se manifiesta en el orden natural para todos los hombres.*

*No es recta la intención del que descuida la formación habitual o el ejercicio actual de su conciencia, y confiere, sin más, valor divino a sus decisiones personales, según sus luces limitadas o sus propias inclinaciones*³⁶.

MORALIDAD Y VOLUNTARIEDAD

La cooperación que Dios pide al hombre para crecer en la vida cristiana no puede reducirse a la tarea de adquirir la ciencia moral, lo que ya supone una libre decisión hacia el bien. Es igualmente importante mantener enderezada la voluntad a Dios: *una vez conocida la verdad, abrazarla y practicarla*³⁷, *adherirse firmemente a ella con asentimiento personal*³⁸.

Para que las acciones humanas sean moralmente imputables es absolutamente necesario que sean voluntarias, libres. Sólo el pecado original se contrae sin consentimiento; los pecados personales, también llamados actuales, *se cometen con consentimiento*³⁹. No es lo mismo sentir que consentir. Una acción buena no es meritoria sólo porque se sienta el buen propósito o el deseo de realizarla; es preciso que se trate de un deseo eficaz, que ponga de su parte los medios adecuados para alcanzar el fin propuesto. En este caso, si por una causa ajena a la voluntad, el buen deseo no llega a término, no se pierde el mérito.

De modo semejante, el despertar de la concupiscencia o sentir

(35) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XII-1947;

(36) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967, n. 86;

(37) Concilio Vaticano II, decl. *Dignitatis humanae*, n. 1;

(38) *Ibid.*, n. 3;

(39) Inocencio III, ep. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D. 410 (780);

la tentación no constituye pecado alguno⁴⁰; el pecado nace sólo cuando la voluntad consiente adhiriéndose al mal⁴¹. Ahora bien, análogamente a cuanto sucede con los deseos eficaces del bien, también se puede ofender a Dios aunque las malas inclinaciones no lleguen a realizarse, pues es obvio que consiente en la tentación quien —sin motivo justificado— se pone voluntariamente en ocasión próxima de pecar.

Cualquier elemento que, oponiéndose a la voluntad, mengüe la libertad, disminuye la moralidad de la acción. La violencia física, y a veces la coacción moral, excusan por eso de pecado⁴².

Por otro lado, hay acciones que, además de los efectos buenos que se buscan, traen consigo inevitablemente consecuencias malas; los moralistas llaman a este tipo de acciones *voluntario indirecto*. Esta denominación procede precisamente de que esas consecuencias malas no se quieren directamente; sólo se permiten, porque no es posible impedir las. Dada la complejidad de la conducta humana, y de las múltiples conexiones que implica cualquier actividad social, los principios del voluntario indirecto se aplican con muchísima frecuencia. Según la doctrina católica, es lícita una acción que tenga efectos malos sólo cuando se dan juntas las siguientes condiciones: que la acción en sí misma sea buena o indiferente; que el fin que se pretende sea bueno; que los efectos buscados sean consecuencia inmediata de esa acción —ya que los efectos malos no son un medio lícito para conseguir los buenos—; y que exista una causa proporcionada, tanto más seria cuanto más graves sean los efectos pecaminosos no queridos.

INFLUENCIA DE LAS PASIONES Y DE LA AFECTIVIDAD EN LA VIDA MORAL

Es más difícil precisar el papel de la afectividad en la vida moral, desde el punto de vista de la voluntariedad y responsabilidad personales. El Magisterio de la Iglesia ha señalado algunos principios para ciertos problemas concretos, con objeto de evitar desviaciones en temas tan importantes. Así, si bien el miedo, por ejemplo, es un obstáculo para el ejercicio de la libertad, la Iglesia ha recordado que ningún temor, por grave que sea, a no ser que prive del uso de razón, puede

(40) cfr. San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, prop. 50-51, D. 1050-1051 (1950-1951);

(41) *Ibid.*, prop. 46 y 47, D. 1046 y 1047 (1946 y 1947);

(42) cfr. *Respuestas de la Sagrada Penitenciaría*, 23-IV-1822 (D. 2715); 8-VI-1842 (D. 2758); 3-IV-1916 (D. 3634); Pío XI, enc. *Casti connubii*, 31-XII-1930, D. 2241 (3718);

justificar que una persona ponga en juego su vida sobrenatural, pervierta la confección o administración de los sacramentos, o coopere activamente en una acción intrínsecamente mala⁴³. En el caso de leyes positivas eclesiásticas, el miedo —con determinadas condiciones— invalida o permite la rescisión de contratos, que entonces carecen de toda obligatoriedad moral⁴⁴.

También las pasiones o tendencias disminuyen la libertad y, en consecuencia, la responsabilidad personal; e incluso puede haber arrebatos pasionales que de tal manera impidan el uso de la razón, que las acciones realizadas bajo su influjo dejen de ser libres. Sin embargo, la consideración moral no termina ahí, porque si la pasión disminuye o incluso anula la libertad, la persona puede muchas veces excitar o controlar sus movimientos pasionales, de una manera completamente premeditada y libre; y, por tanto, ser responsable de la influencia que su afectividad pueda ejercer en su conducta. En este principio se apoya la tradición ascética cristiana que propone como ideal moral, no la anulación de los afectos, sino su utilización para mejor responder a las exigencias divinas. *Corresponde a la perfección moral del hombre actuar no sólo según su voluntad, sino también según el apetito sensitivo, conforme a aquello del Salmo: mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo*⁴⁵⁻⁴⁶.

La afectividad nos ha sido dada para facilitar el ejercicio del bien moral, aunque a veces —como fruto del pecado original— pierda su ordenación a la razón y entonces se convierta en fuente de mal. Pero, en sí mismas, las pasiones pertenecen a la integridad de la naturaleza humana, hecha buena por Dios⁴⁷, y deben por tanto contribuir al bien del hombre. Así, por ejemplo, el cristiano que, para ayudar mejor al prójimo, aviva sus sentimientos de compasión, no por eso realiza una acción menos meritoria, puesto que al hecho de ayudar añade un afecto compasivo provocado con plena libertad. Y aunque ese sentimiento fuera espontáneo, basta consentir con él para transformarlo en algo libre, agradable a Dios. La continua enseñanza del Padre sobre este punto es muy clara. *Hijos míos* —nos ha dicho tantas veces—, *nosotros tenemos que ser muy humanos; porque si no, tampoco po-*

(43) Inocencio XI, *Decreto del Santo Oficio*, 2-III-1679, prop. 29 y 51, D. 1179 (2129) y 1201 (2151); Benedicto XIV, const. *Destabilem*, 10-XI-1752, prop. 3, D. 1493 (2573); León XIII, ep. *Pastoralis officii*,

12-IX-1891, D. 1940 (3273);

(44) cfr. *C.I.C.*, canon 103;

(45) *Ps.* LXXXIII, 3;

(46) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 24, a. 3;

(47) cfr. *Genes.* I, 31;

*dremos ser divinos. Es una desgracia no tener corazón: hay que tener corazón, y controlarlo: ponerlo al servicio de Dios y de las almas. Necesitáis un corazón grande, universal, capaz de comprender las miserias ajenas y las propias*⁴⁸.

*En nuestra escuela —escribía San Agustín, refiriéndose a la ascética cristiana—, no se atiende a si el ánimo piadoso se aíra, sino al porqué de la ira; no a si se entristece, sino al origen de la tristeza; no a si teme, sino al objeto del temor*⁴⁹. Y la misma Sagrada Escritura recomienda a veces la energía en la corrección, sin faltar nunca a la caridad: *irascimini et nolite peccare*⁵⁰.

Por el contrario, cuando se provoca la pasión sabiendo o debiendo prever que bajo su influjo puede cometerse un pecado, esa persona es moralmente responsable de las consecuencias malas de sus acciones, aun de las que sean fruto de una carencia en el uso actual de la razón. *Se opone a la doctrina católica la afirmación de que el pecado cometido bajo el influjo de la sensibilidad es siempre sólo pecado venial (cfr. I Cor. VI, 9 y 10; Galat. V, 9-21; Ephes. V, 5; Pius XII, Alloc. 23-III-1953: AAS 44 (1952) p. 275)*⁵¹, puesto que no todo movimiento pasional priva por completo de la libertad; o porque, aunque así fuera, quizá la persona pudo haber evitado su desencadenamiento. *Rechazamos como errónea la afirmación de quienes consideran inevitables las caídas en los años de la pubertad, que por eso no merecerían que se hiciera gran caso de ellas, como si no fueran culpas graves, porque ordinariamente —añaden— la pasión quita la libertad necesaria para que un acto sea imputable moralmente*⁵².

Quienes sostienen una opinión distinta de lo que enseña la Iglesia, más que apoyarse en argumentos psicológicos —que, por otra parte, más bien contradicen su punto de vista— parten de una deformación de la naturaleza del pecado mortal, como si éste exigiera como condición indispensable el enfrentamiento directo con Dios. Se olvida que todo pecado, por contrariar una norma moral, implica una desobediencia a la voluntad divina, y esa desobediencia, aunque no sea querida en cuanto tal, sino sólo como medio para conseguir una ventaja o placer personal, es ya ofensa a Dios. El pecador posterga la bondad divina por una criatura. *Para que haya pecado mortal no es ne-*

(48) Carta *Sacerdotes iam*, 2-II-1945, n. 31;

(49) San Agustín, *De civ. Dei* IX, 5;

(50) *Ephes.* IV, 26; *Ps.* IV, 5;

(51) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967, n. 87;

(52) Pío XII, *alloc.* 23-III-1952;

cesario —recuerda el Padre— que haya un explícito desprecio de Dios, y menos aún que haya odio a Dios: ése es el extremo de la posible malicia del hombre. Para el pecado mortal, que mata la vida divina en el alma, es suficiente la plena advertencia y el pleno consentimiento en algo que repugna completamente a la amistad con Dios, o en el abandono de los medios que son por sí mismos absolutamente necesarios para alcanzar el fin al que Dios nos ha destinado ⁵³.

El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumador: Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto ⁵⁴⁻⁵⁵. La vida auténticamente cristiana es el crecimiento de toda la persona hacia esa meta propuesta por Cristo. El Señor llama y ayuda con su gracia; y el hombre ha de cooperar dócilmente, combatiendo los impedimentos que dificultan su camino al fin; esforzándose por adquirir y mejorar su formación moral, que le ayudará a seguir con fidelidad ese camino; y afirmando su voluntad en el bien, pues no todo aquél que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése entrará en el reino ⁵⁶.

(53) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967, n. 86;
(54) *Matth.* V, 48;

(55) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 40;

(56) *Matth.* VII, 21.